

# Un hombre de corazón humilde con muchas ovejas para pastorear

---

*José Bravo\**

Hubo en Chimborazo, una región del Ecuador, un hombre humilde a quien la Vida le dio poder diciéndole:

“Te voy a hacer pastor de 300 mil ovejas. Cuida bien este rebaño hasta que te envíe la releva. Tendrás algo como 30 años para tu obra, al cabo de los cuales vendré nuevamente a visitarte”.

Y la Vida se alejó dejando al hombre humilde, solo, frente a tanta oveja. Leonidas se llamaba. Era hombre de raíces profundas como las que tienen los arrayanes plantados en los linderos de los caminos. Conocía secretos. El más grande era su silencio. Los vientos que arrecian en los páramos andinos habían pasado sobre su rostro y lo habían burilado con tanto afán, que detrás de sus rasgos mestizos se adivinaba fácilmente su origen indio. El frío que galopa por las cordilleras le mordió la piel para darle reciedumbre a su alma de pastor. El taita tenía en sus pupilas la paciencia. Miraba lejos. Las sementeras de papas y los maizales le dieron el verdor a su esperanza.

Taita Leonidas comenzó a caminar esos 30 años y más, apoyándose en el frágil bastón de su experiencia. Rumiaba

---

\* José Bravo, Ecuatoriano, residente en Suiza, trabajó durante 7 años en la diócesis de Monseñor Proaño.

pensamientos sin saber cómo guiar las 300 mil y más almas que la vida le dio como rebaño.

Para empezar miró compasivamente el hato estudiándolo, como hacen los pastores que aman a sus ovejas. Lo observó detenidamente, sin prisa. Había que discernir. Poquito a poco una llama fue creciendo en él. Fue el inicio de un gran fuego que propagó después con la ayuda de una palabra que resultó casi mágica: conscientización. Para conducir el rebaño le fue preciso conocer sus necesidades. Las ovejas pobres eran muchísimas. Todas estaban flacas, con hambre de siglos. La gran mayoría eran humildes y unos harapos cubrían los huesos casi desnudos. Fueron las que privilegió.

Habían otras que tenían corderitos saltarines que triscaban en los setos secos cerca de los poblados. Otros saltaban entre los espesos matorrales de los páramos. Taita Leonidas pensó que eran el porvenir. A ellos dedicó su amor, y tuvo gusto de enseñarles los secretos de la vida libre.

Encontró gran cantidad de ovejas silenciosas como peñascos. Otras estaban al borde de la muerte. Las amó a todas con cariño de padre. El las vió celebrar la vida reluciendo túnicas multicolores, igualitas a las franjas con las que se viste el arco iris cuando visita a los hombres.

A las ovejas les faltaba todo: la tierra, el agua, la luz, el pasto, los caminos, el cariño, un nombre, una identidad. Habían estado casi abandonadas y como huerfanitas agonizando desde siglos. El taita de corazón de madre se les acercó y caminó con ellas por montes y vados. Descubrió así la mansedumbre y el vivir frugal de las ovejas. Se llenó de simplicidad. Esas ovejas, viviendo entre montañas y paisajes soleados, le enseñaron al taita de corazón noble que el hombre debe ser como el paisaje: lleno de colores al interior para que el que aprecia la paz, comulgue primero con la belleza.

El en cambio les comunicó el poder de transformarse. Les dio la palabra. El silencio milenario de las ovejas se transformó en melodía que bajó en avalancha por las laderas de los cerros. Se encaramó en los rondadores y en los bombos. Se enredó en las cuerdas de charangos y guitarras. Un griterío de cantos rodó por las quebradas y los abismos. Las melodías indias que derrochan energía y ternura en

sus compases, se afianzaron a las rocas y se entretejieron en los repechos de las montañas.

Había también en el rebaño unas ovejas gordas que eran muy pocas y que le dieron preocupaciones. Se pusieron tan serias y afligidas porque el taita nunca quiso halagarlas. Se enojaron con él, pusieron cara de viernes santo e hicieron pucheritos llenos de desdén. Otras se volvieron tan "veme y no me toques" como pintura de señora encopetada. Se alejaron de él y se fueron a sus propias parcelas llenas de pasto. Taita Leonidas las dejó que siguieran su rumbo, pero siempre les invitó a compartir sus bienes con las otras.

Entre las ovejas habían unas cuántas un poco por demás extrañas. Vestían trajes verde-olivo. Utilizaban gafas negras, inclusive durante la noche. "Vemos hasta lo infrarrojo", decían. Quienes las vieron de más cerca aseguraban que llevaban la cifra codada 666 tatuada en algún lugar. Pocos conocían el misterio que se escondía tras de la cifra. A ellas mismas muy poco les importaba llevar un número en lugar de nombre. "Es por estrategia, así nadie nos conoce", se decían. Algunas de estas querían mezclarse con las más pobres, cuando el taita llamaba a las más indigentes para conversar sobre las causas de la pobreza. Taita Leonidas nunca logró sacarles las obscuras gafas. Todavía hoy las llevan. Dicen que porque la luz hace daño a los ojos.

Había también ovejas revoltosas y llenas de vida. Iban y venían despabiladas. Gozaron de la presencia especial del Taita. Se sentían a gusto con él. Comían en su mano. Juntos iban por los caminos largos y terrosos cantando melodías de liberación. Agaves negros y blancos, capulíes, pinos, eucaliptos, cactus y hierbas del campo les oyeron debatir sobre maneras para ir en busca de las ovejitas más pobres.

El taita desplegaba toda su energía. Hombre de tesón, sabía organizarse para que su gran rebaño no sintiera necesidad.

Luego de algunos años de actividad las pruebas le salieron al paso y le asaltaron socarronamente. Hombre avezado a la lucha y fecundo en ideas para abatir obstáculos, las capeó todas de pie y las venció. Se afirmó como roca. Fueron años intensos. Adquirió una paz proverbial que la conquistó pagando precios altos.

En el trabajo, el taita desconoció las fronteras. Era como cóndor viejo que se elevaba muy alto para ver desde las alturas los problemas

de su rebaño. Habló en paraninfos, plazas, sindicatos, cooperativas y organizaciones. Su voz se escuchó por todo lado. Las ovejas de vestido verde-olivo le acechaban para tenderle trampas. Nunca pudieron confundirle porque su palabra no provenía del viento, sino del sufrimiento. Cuando la palabra nace de corazones convertidos en llaga, su sonido se convierte en trueno.

Pasaron los años. Un día, la Vida, a través del mayordomo de turno le dijo: "Prepárate taita que te voy a enviar el relevo". La noticia causó el efecto de un rayo desastroso en medio de su rebaño. Todos se pusieron cavilosos. La división en el hato se hizo notoria. Se despertó la desesperanza. Se vivió en medio de la zozobra. Cuando el relevo iba llegando, las ovejas saltarinas se sintieron mal. Entonces le llamaron el taita y le dijeron:

"Muéstranos la via porque estamos sin salida. No confiamos en el relevo". El taita que tenía corazón recto y libre las sostuvo y les dijo: "Déjenlo venir, acójanle con amor. Cuando el relevo crezca, él mismo comprenderá todo. Déjenlo que primero se afine para la lucha. Pero sosténganle".

Hubieron lamentaciones, protestas y quejas. También lágrimas amargas. El relevo llegó y muchas cosas cambiaron. Las quenas soltaron notas heridas, sonando a hueco. Eran notas vacías. El nuevo pastor tenía que darles nueva substancia y nuevas alas.

El tiempo entonces aceleró su paso inexorable queriendo arrebatar al taita. Las fuerzas empezaron a faltarle. La enfermedad asaltó su cuerpo aguerrido pero ya cansado. Sus miembros se convirtieron en terreno fecundo en donde la eternidad plantó su raíz. Se retiró. En el secreto se preparó a la muerte. Todo fue doloroso y fulgurante. Las ovejas que le visitaron durante su última contienda, supieron del coraje que le implicó el nacer a la verdadera vida.

Un día de aquellos del final, en un esfuerzo extremo acogió con amor a unos corderitos tiernos a los que bendijo sabiendo que su caminar terminaría pronto. Día después se adormeció vencido por la enfermedad y su alma peregrina entró en las moradas eternas. La Vida le dijo:

"Leonidas bendito eres. Tu premio es la resurrección que empieza hoy mismo. A partir de hoy eres inmortal".

Las ovejas vestidas de verde-olivo proclamaron: "se murió el comunista". De inmediato cerraron el grueso expediente que tenían sobre él y nadie más de entre ellas volvió a hablar de él. Todas las otras ovejas al contrario, entonaron los cantos más bellos de liberación y vestidas de fiesta le acompañaron hasta el umbral de las moradas santas. Allí dejaron a taita Leonidas en manos de los ángeles y arcángeles, diciéndole: "No nos olvides taitico" y empezaron a reconstruir su memoria. El les dió como respuesta un movimiento negativo de cabeza y una larga sonrisa franca, en la que se reflejaba una gran mazorca de maíz. Al taita le pareció que vivir en la gloria sin sus ovejas, no era otra cosa que comenzar nuevamente un largo trabajo para prepararles pastos tiernos en terrenos nuevos y fecundos.

De taita Leonidas quedan todavía muchas cosas por los Andes. Su hálito empuja las protestas de los pobres. Su imagen se quedó impresa en el corazón de las ovejas que él amó hasta el final. Hoy se lo ve resucitado pasearse por los páramos del Chimborazo suscitando corrientes de amor en las ovejas.

En los caminos pedregosos y largamente entrelazados de toda América Latina, la acción de este hombre humilde se quedó como hito de liberación. Los siglos venideros le aclamarán: Padre de pobres, y amigo de los indios de América.